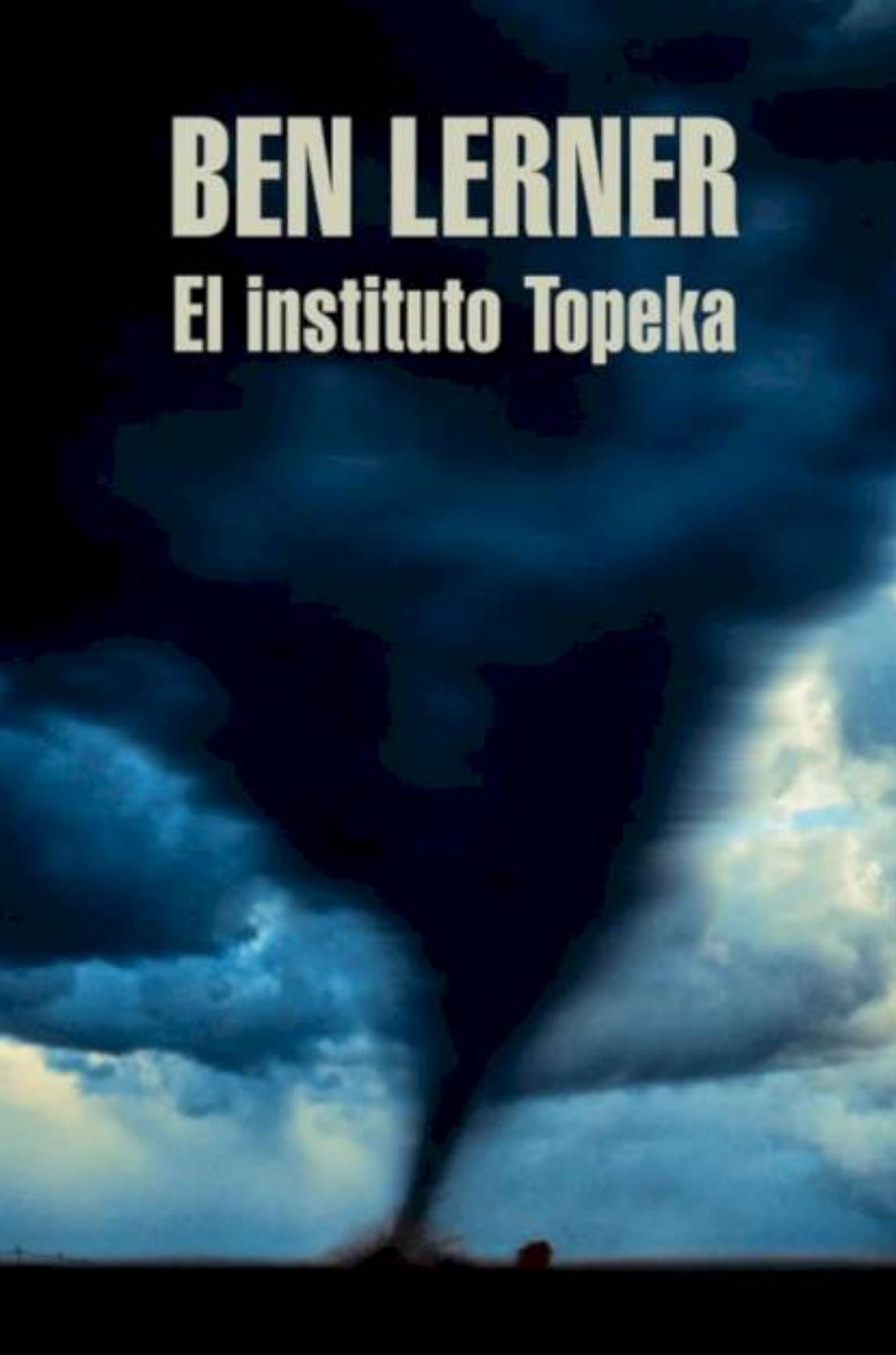


**BEN LERNER**

**El instituto Topeka**



**Finalista del premio Pulitzer y del National Book Critics Circle Award.**

**Ganadora de Los Angeles Times Book Prize.**

**Uno de los mejores diez libros del año según *The New York Times* y *The Washington Post*.**

Adam Gordon, promoción del 97, está en su último año del instituto Topeka, en Kansas. Es uno de los chicos *cool* del instituto, tiene novia, y es la estrella del equipo de debate. Ahora se espera de él que gane el campeonato nacional. Junto a sus padres psicoterapeutas, forman la típica familia norteamericana de intelectuales, judía y demócrata. La madre, célebre escritora feminista acusada por muchos del síndrome de la envidia del pene, afronta el desafío de criar a su hijo en un lugar dominado por una masculinidad tóxica. El padre, que tiene un don especial para tratar a los llamados «casos perdidos», logra que Darren Eberheart, sin amigos, sin novia y excluido de cualquier actividad, empiece a socializar, a pesar de las humillaciones de sus compañeros.

Desde estas cuatro perspectivas y con un deslumbrante dominio del lenguaje, Ben Lerner nos ofrece el retrato de una generación abrumada por el exceso de bienestar. Galardonada con Los Angeles Times Book Prize y finalista del Pulitzer, esta estimulante y ambiciosa novela nos muestra la antesala del agitado presente estadounidense, marcado por la avalancha informativa, el fracaso de los discursos políticos, los troles, la Nueva Derecha y la crisis de identidad del hombre blanco de clase media.

*Para mi hermano, Matt.*

*Darren imaginó que rompía el espejo con la silla metálica. Por lo que había visto en la tele, sabía que detrás, en la oscuridad, podía haber personas que lo observaban. Creyó notar en la cara la presión de sus miradas. Una lluvia de cristales rotos, a cámara lenta, las presencias ahora a la vista. Detuvo la imagen, rebobinó, lo vio caer de nuevo.*

*El hombre del bigote negro le preguntaba una y otra vez si quería algo de beber y al final Darren pidió agua caliente. El hombre fue a por la bebida y el otro, este sin bigote, preguntó a Darren cómo lo llevaba. Estira las piernas si quieres.*

*Darren permaneció inmóvil. El hombre del bigote regresó con el vaso de papel marrón humeante y un puñado de pajitas rojas y sobrecitos: Nescafé, Lipton, Sweet'n Low. Escoge tu veneno, le dijo, pero Darren sabía que hablaba en broma; allí nadie iba a envenenarle. En la pared colgaba un póster: conoce tus derechos, y luego una letra pequeña que no alcanzaba a leer. Aparte de eso, no había nada a lo que mirar mientras el hombre sin bigote hablaba. Las luces de la sala eran como las del colegio. Dolorosamente intensas en las contadas ocasiones en que reclamaban su atención. («La Tierra llamando a Darren», la voz de la señora Greiner. Luego las consabidas risas de sus compañeros de clase).*

*Bajó la mirada y vio iniciales y estrellas y cifras grabadas en el enchapado de madera. Las recorrió con los dedos, manteniendo las muñecas juntas, como si las tuviese aún esposadas. Cuando uno de los hombres pidió a Darren que lo mirara, obedeció. Primero a los ojos (azules), luego a los labios. Que ordenaron a Darren que repitiera lo ocu-*

*rrido. Así que volvió a contar cómo había lanzado la bola blanca en la fiesta, pero el otro hombre lo interrumpió, aunque con delicadeza: Darren, tienes que empezar desde el principio.*

*Pese a que se quemó un poco la boca, tomó dos sorbos de agua. Personas reunidas detrás del espejo en su cabeza: su madre, su padre, el doctor Jonathan, Mandy. Lo que Darren no podía hacerles entender era que él no la habría arrojado, solo que sí lo había hecho. Mucho antes de que la alumna de primero le espetara los insultos de costumbre, antes de que él sacara la bola blanca de la tronera de la esquina, la sopesara, percibiera la frialdad y la tersura de la resina, antes de que la arrojara hacia la atestada oscuridad... esa bola se hallaba suspendida en el aire, en lenta rotación. Como la luna, había estado ahí toda su vida.*

## EL ARROLLAMIENTO

(ADAM)

Flotaban a la deriva en el bote del padrastro de ella en medio de un lago artificial, por lo demás vacío, circundado de grandes casas unifamiliares. Era a principios del otoño y bebían Southern Comfort de la botella. Adam, en la proa, observaba una luz azul vacilante más allá del agua, probablemente un televisor visto a través de una ventana o una puerta de cristal. Oyó el chasquido del encendedor de ella y luego vio el humo elevarse por encima de él, dispersarse. Llevaba mucho tiempo hablando.

Cuando se volvió para ver cuál había sido el efecto de sus palabras, ella había desaparecido, dejando allí arrebujados los vaqueros y el jersey, junto con la pipa y el encendedor.

Pronunció su nombre, consciente de pronto del silencio que lo rodeaba, y sumergió la mano en el agua, que estaba fría. Sin pensar, cogió el jersey blanco y olió el humo de leña que había quedado impregnado esa misma tarde en Clinton Lake, la lavanda sintética de lo que él sabía que era el gel de ducha de ella. Repitió su nombre, ahora en voz más alta, y miró alrededor. Unas aves pasaron volando a ras de la tranquila superficie del lago; no, eran murciélagos. ¿Cuándo se había lanzado o bajado del bote y cómo era posible que no la hubiera oído zambullir-

se? ¿Y si se había ahogado? Adam gritó; un perro respondió a lo lejos. A fuerza de girar para localizarla, se mareó y se sentó. Volvió a levantarse y miró a lo largo de la borda del bote; quizá estaba justo al lado, conteniendo la risa, pero no, no estaba.

Tendría que pilotar el bote de regreso al embarcadero, donde ella debía de estar esperando. (Había un embarcadero por cada dos o tres parcelas). Le pareció ver las lentas señales que emitía una luciérnaga desde la orilla, pero el año ya estaba muy avanzado para eso. Lo asaltó una repentina oleada de ira y la agradeció, deseando que sofocara su pánico. Abrigó la esperanza de que Amber se hubiera zambullido en el agua antes de que él le declarara tortuosamente sus sentimientos. Le había dicho que seguirían juntos cuando él se marchara de Topeka a la universidad, pero ahora sabía que no sería así; estaba impaciente por demostrar su indiferencia tan pronto como la encontrara sana y salva en tierra.

Ahí estaba el motor fueraborda, resplandeciente a la luz de la luna. Para cualquiera de sus amigos, manejar el bote sería fácil; todos ellos, incluso los otros chicos de la Fundación, mostraban las aptitudes mecánicas básicas en el Medio Oeste, sabían cambiar el aceite o limpiar un arma, mientras que él no era capaz siquiera de conducir con cambio manual. Localizó lo que supuso que era el cordón de arranque, tiró, no pasó nada; desplazó a otra posición lo que debía de ser el acelerador y probó de nuevo; nada. Empezaba a preguntarse si tendría que volver a nado —ignoraba hasta qué punto era buen nadador— cuando vio la llave en el contacto; la giró y el motor arrancó.

Lo más despacio posible, se dirigió hacia la orilla. Cuando se aproximaba a tierra, apagó el motor, pero no consiguió situar el bote en paralelo al embarcadero; un sonoro chasquido cuando la fibra de vidrio topó contra la madera, que acalló el croar de las ranas toro cercanas; aparentemente, no se produjeron daños, aunque en reali-

dad no lo comprobó. Se apresuró a echar los cabos enrollados en el bote en torno a los noráis del embarcadero, improvisó rápidamente unos nudos y se encaramó al muelle; rezó por que nadie estuviera observándolo desde una ventana. Sin coger las llaves ni la ropa de ella ni la pipa ni la botella, echó a correr pendiente arriba hacia la casa a través de la hierba mojada; si el bote se alejaba a la deriva, ella sería la culpable.

Las grandes puertas de cristal orientadas hacia el lago nunca se cerraban por dentro; deslizó una sigilosamente y entró. Solo entonces percibió su sudor frío. Distinguió la silueta del hermano de ella en el sofá, con la almohada encima de la cabeza, dormido al resplandor de la gran televisión, que emitía las noticias con el volumen quitado. Por lo demás, la sala estaba a oscuras. Se planteó despertarlo, pero optó por quitarse las botas Timberland, que supuso que llevaba embarradas, y se dirigió hacia la escalera enmoquetada de blanco; subió lentamente.

Ya se había quedado a pasar la noche allí dos o tres veces, cuando ella les había dicho a sus padres que había bebido más de la cuenta. Ellos pensaron que había dormido en la habitación de invitados; pensaron, acertadamente, que había llamado a su casa para avisar. Pero lo horrorizaba la perspectiva de toparse con alguien en ese momento, cuando ni siquiera había confirmado aún que ella estuviera allí. Su madre tomaba somníferos; él había visto el enorme frasco, sabía que los mezclaba cada noche con el vino. Su padrastro había seguido durmiendo como un tronco durante una trifulca en una fiesta reciente; a ese no lo despertaba nada, se dijo para tranquilizarse, pero no convenía tropezar con algo; se alegró de ir en calcetines.

Llegó a la primera planta y escrutó el amplio salón a oscuras antes de subir el siguiente tramo de escalera hasta el piso donde se hallaban los dormitorios. Casi podía vislumbrar la amplia escena de caza genérica colgada en la pared del fondo: unos perros levantaban la caza en un

bosque a orillas de un lago al atardecer. Veía el parpadeo del piloto rojo en la consola del sistema de alarma que por suerte nunca activaban. Y una tenue luz envolvía los contornos plateados de los marcos de las fotografías de la familia dispuestos sobre la repisa de la chimenea: adolescentes con jerséis posando en el césped de un jardín salpicado de hojas, el hermano de ella con un balón. Algo crujió y se acomodó en la gigantesca cocina. Subió al piso de arriba.

La habitación de ella era la primera puerta abierta a la derecha, y desde el umbral, sin encender la luz, alcanzó a ver que Amber yacía en la cama, tapada, y respiraba acompasadamente. Adam notó cómo se relajaban sus hombros; el alivio fue profundo, y el alivio dejó más espacio a la ira; también le permitió tomar conciencia de que se moría de ganas de mear. Se dio media vuelta y cruzó el pasillo hasta el cuarto de baño, cerró la puerta con cuidado y, sin encender la luz, levantó la tapa. Tras pensárselo mejor, bajó el asiento y se sentó. Un coche pasó despacio por la calle, la luz de sus faros colándose entre las lamas de la persiana veneciana abierta e iluminando el cuarto de baño.

No era el baño de ella. El cepillo de dientes eléctrico, el secador de pelo, esos jabones en particular: no eran sus artículos de aseo. Por un momento pensó, esperó ardentemente, que fueran de su madre, pero había otras muchas discrepancias: la puerta de la ducha era distinta, de cristal esmerilado; percibió entonces el olor a limón de las bolas de gel de un tarro colocado sobre la cisterna del inodoro; unas flores secas desconocidas colgaban de una bolsita violeta en la pared. En un único estremecimiento de retrospección, sus impresiones sobre la casa cambiaron: ¿Dónde estaba el piano (que nadie tocaba)? ¿No tendría que haber visto la lámpara de araña eléctrica? La moqueta de la escalera... ¿no era el pelo demasiado tupido,

demasiado oscuro en la oscuridad para ser realmente blanca?

Junto con el absoluto terror de descubrir que se había equivocado de casa, con el reconocimiento de su diferencia, experimentó la sensación, por la similitud de las casas, de hallarse simultáneamente en todas las casas que circundaban el lago; el hecho extraordinario de que su distribución fuera idéntica. En cada casa, ella o alguien como ella yacía en su cama, dormida o haciendo como que dormía; los tutores legales ocupaban otras habitaciones más allá en el mismo pasillo, hombres corpulentos que roncaban; los rostros y las poses en las fotografías de familia dispuestas en la repisa de la chimenea podían cambiar, pero pertenecerían todas a la misma gramática de rostros y poses; los elementos de las escenas pintadas podían variar, pero no el nivel de familiaridad e insipidez; si uno abría cualquiera de los enormes frigoríficos de acero inoxidable o inspeccionaba las islas de mármol de imitación en las cocinas, encontraría productos modulares a juego combinados en configuraciones ligeramente distintas.

Se hallaba en todas las casas, pero, precisamente porque no estaba ya ligado a un cuerpo independiente, podía también flotar por encima de ellas; era como contemplar el tren de juguete que Klaus, el amigo de su padre, le regaló de niño; a él no le interesaban los trenes, apenas sabía hacerlos funcionar, pero le encantaba el paisaje, el flocado estático verde sobre el tablero, los diminutos y sin embargo imponentes caducifolios y coníferas. Cuando miraba esos árboles de un increíble nivel de detalle, se situaba en dos puntos de observación al mismo tiempo: se imaginaba a sí mismo debajo de las ramas y también los oteaba desde arriba; alzaba la vista para verse a sí mismo mirando hacia abajo. Entonces alternaba rápidamente entre ambas perspectivas, ambas escalas, en una carrera de relevos que lo separaba de su cuerpo. Ahora se hallaba paralizado por el miedo en ese cuarto de baño en particu-

lar y en todos los cuartos de baño simultáneamente; miraba desde un centenar de ventanas un pequeño bote en un plácido lago artificial. (Toques de pintura blanca sobre el acrílico seco añadían a la superficie una sensación de movimiento y de claro de luna).

Flotó de regreso a sí mismo. Tuvo la sensación de que un cronómetro acababa de ponerse en marcha en algún sitio, de que disponía de unos minutos, quizá solo unos segundos, para huir de la casa en la que se había colado involuntariamente antes de que alguien le vaciara la recámara de una escopeta en la cara o llegara la policía y lo sorprendiera merodeando frente a la habitación de una chica dormida. Le costaba respirar a causa del miedo, pero se dijo que rebobinaría, saldría silenciosamente por donde había llegado sin despertar a nadie. Así lo hizo, aunque esta vez, mientras descendía, las pequeñas diferencias reclamaron su atención: un sofá grande en L que no había visto antes; aquí la mesita de centro era de cristal, no de madera oscura como la de ella. Al pie de la escalera, vaciló: tenía ahí mismo la puerta delantera, tentadora; sería libre, pero sus Timberland estaban abajo, donde las había dejado. Para recuperarlas, debía pasar junto al desconocido que dormía allí.

Pese al temor a ser descubierto en cualquier momento, decidió que debía ir a por sus botas, no tanto porque eran una prueba, algo con lo que podrían identificarlo, como porque pensó que se arriesgaba al ridículo, a la humillación, si volvía junto a ella descalzo. Intuía ya la forma que adoptaría la anécdota, presentía cómo se difundiría: abandonado a su suerte por ella, había maltratado el bote y luego había perdido las putas botas al meterse en sabe Dios qué desventura. Eh, Gordon, ¿llevas las zapatillas atadas? ¿Llevas las pantuflas? Lo asaltó un recuerdo de Sean McCabe en secundaria, volviendo a casa en calcetines, con lágrimas en los ojos, después de que unos mangantes le robaran las Air Jordan por la calle; Sean aún tenía que

aguantar pullas por aquello, y eso que ahora levantaba ciento cuarenta kilos con el pectoral en banco.

El joven que antes era el hermano de ella se había vuelto de cara al respaldo del sofá; la almohada había caído al suelo. La cabeza descomunal de Bob Dole movía los labios en la pantalla cuando pasó sigilosamente por delante. Recogió las botas y deslizó la puerta muy despacio; los rodillos se atascaron un poco; tuvo que aplicar cierta fuerza, con lo que se produjo un sonoro chirrido; el cuerpo tendido en el sofá se removió y empezó a incorporarse. (Por toda la urbanización de Lake Sherwood, los cuerpos se removieron y empezaron a incorporarse). Sin cerrar la puerta, con las botas en la mano, echó a correr por la hierba mojada –indiferente al terreno desigual, a las ramas y las piedras– a una velocidad que tal vez nunca volviera a alcanzar, agradecido su cuerpo por tener algo que hacer con la adrenalina. Nadie gritó a su espalda; solo estaba el ruido de sus pisadas, la sangre resonando en sus oídos; al ver que se activaban algunas luces con sensor de movimiento, se acercó al agua; corrió al límite de sus posibilidades durante un minuto antes de caer en la cuenta de que no sabía bien adónde iba. Con los pulmones ardiéndole, apoyó una rodilla en el suelo y miró atrás para asegurarse de que no lo seguían. Se puso las botas sobre los calcetines húmedos. Luego se irguió y, a la carrera, pasó entre dos casas hasta la calle.

Ahora su único objetivo era encontrar su Camry rojo del 89 aparcado en el camino de acceso de ella e irse a casa, a la cama. Aún tenía miedo –en cualquier momento podía oír sirenas–, pero, lejos del agua y del escenario de su ridícula intrusión, consideró que lo peor ya había pasado. Se palpó el bolsillo para confirmar la presencia de las llaves y avanzó a buen paso junto al bordillo –no había aceras–, pero, a fin de reducir al mínimo cualquier sospecha en el caso improbable de que alguien lo viera, no apretó a correr. Caminó y caminó, avergonzado de ir a

pie; no encontraba su coche, ni la casa de ella; debía de haber orientado el bote exactamente en dirección opuesta. Después de buscar durante casi media hora, de circundar medio lago, vio, rebosante de alegría, su coche donde lo había aparcado unas horas antes. El chasquido de los seguros de las puertas al abrirse fue sumamente tranquilizador. Entró, descubrió su paquete de Marlboro Red en el asiento del acompañante y, con una sacudida, extrajo uno; hizo girar la llave de contacto hasta la posición de encendido, pero no arrancó el motor. Bajó el cristal, prendió el Marlboro con un Bic amarillo que sacó del portavasos e inhaló con la sensación de que respiraba hondo por primera vez desde que advirtió la ausencia de ella en el bote.

Arrancó el motor y, al encender los faros, descubrió que Amber estaba, que había estado, en el umbral de la puerta, vestida con un jersey muy holgado. Llevaba suelto el cabello rubio oscuro que le caía casi hasta la cintura. Él paró el motor en un acto reflejo, apagando también los faros. Descalza, ella se acercó al coche, abrió la puerta del acompañante y subió. Cogió un cigarrillo, lo encendió y, como si él llegara unos minutos tarde a una cita, dijo: ¿Dónde has estado?

Él se encolerizó. No podía reconocer que había pasado miedo, no podía hablar de su ineptitud en el manejo del bote, ni contarle que casi se había encarado con la joven equivocada en otra casa. Exigió una explicación: ¿A ti qué coño te pasa? Me apetecía nadar, dijo ella, y cuando él insistió, se encogió de hombros y fumó, el olor del tabaco mezclándose con el de su acondicionador. Con aire distraído, comenzó a jugar con el cabello de él.

Mi padrastro tenía por costumbre soltar discursos interminables en la cena. Ahora apenas habla y, en todo caso, ya casi no comemos juntos. Creo que tiene una depresión, como si necesitara ir a un psicólogo, ir a ver a tus padres a la Fundación. Ahora se nos hace raro que esté tan callado, porque antes convertía las cenas en unas discusiones de

mierda larguísimas, solo que en realidad no lo eran, porque nadie le discutía nada; sencillamente hablaba en nuestra dirección. Cada tanto le hacía una pregunta a mi hermano, pero siempre en plan examen sorpresa: ¿Por qué he dicho que estos son tiempos difíciles para el sector aeronáutico? (Se hizo rico a costa del invento de otra persona, ¿sabes? Una especie de tornillo que no pesa nada). Y mi hermano nunca tenía que contestar porque mi padrastro contestaba él mismo sus putas preguntas. La respuesta era siempre China, básicamente. El caso es que el verano pasado, una noche que mi madre me dejó beber vino blanco a escondidas y mi hermano había salido, fui yo la que tuvo que aguantar el rollo en la mesa, y ya me estaba poniendo de los nervios que no veas. A lo mejor fue porque estaba un poco entonada, o porque ya soy mayor y más consciente de la situación de mi madre. De lo que ha tenido que pasar, empezando por mi padre. En fin, la cuestión es que hice una tontería que a la vez tenía algo de genial. Muy, muy despacio, empecé a hundirme en la silla, como si me resbalara, mientras él comía sus raviolis y hablaba de no sé qué. Mi madre ya se había ido a la cocina a llenar el lavavajillas; ella nunca come. Hace falta una gran fuerza muscular central para ir bajando así de despacio. Todos esos abdominales. Todas esas anfetetas (es broma). En las clases de danza siempre me dicen que visualice un movimiento mientras lo hago, y yo estaba visualizándome como un líquido que se derramaba del asiento. Silla abajo hasta que estuve literalmente debajo de la mesa, y mi padrastro seguía sin darse cuenta de nada, y mi madre estaba allí dentro limpiando, y yo hacía esfuerzos por no reírme.

¿O quizá por no llorar?, preguntó Adam, y ella lo miró.

Quizá sí, por lo jodidamente patético que es ese tío. O igual por mi madre, que está casada con él. O igual porque el tío no se da cuenta de que el público ya se ha ido a casa mientras él sigue dale que te pego. Y luego, ya deba-

jo de la mesa, contengo la respiración y como si hiciera el ejercicio de la foca me arrastro muy poco a poco por la moqueta hasta la cocina. Mi madre ha dejado de limpiar y ahora está al otro lado de la isla y no me ve, y yo me levanto sin hacer nada de ruido. Con su vino rosado en la mano, mira el lago por la ventana, o más bien su reflejo en el cristal porque es de noche. Cojo la botella de vino de la puerta de la nevera y casi me la vacío en un vaso de plástico y me acerco a ella con mi supertrago, y ella baja de Marte y cuando va a decirme algo me llevo el dedo a los labios para hacerla callar y susurro: Escucha. Oímos a mi padrastro en el comedor hablarle a nadie sobre Ross Perot. (Estaba obsesionado con Ross Perot. Con Ross Perot y con China). Y a lo mejor mi madre no entiende aún qué está pasando, pero vamos de puntillas hasta la puerta y nos quedamos ahí mirando hacia el comedor mientras él le habla al aire como una radio, y el vino casi se me sale por la nariz. Seguimos ahí una eternidad hasta que él levanta la vista, como si lo hubiéramos pillado haciéndose una paja. Mira mi silla, luego otra vez a nosotras, y yo empiezo a partirme de la risa. Entonces pone una sonrisa estúpida que es pura rabia. En plan, cómo os atrevéis a reiros de mí, putas. Pero yo le devuelvo la sonrisa de hijastra y aguanto, aguanto. Es como un combate de miradas, y la risa de mi madre se va volviendo cada vez más nerviosa, hasta que al final él relaja la cara y todo queda en una gran broma.

Adam tardaría veinte años en comprender la analogía entre las dos espantadas de ella, la de la silla y la del bote. Le hizo unas cuantas preguntas sobre su padre y ella las contestó. Se planteó contarle que había entrado en la casa que no era –quizá pudiera extraer el lado poético de ello –, pero se lo calló, prefirió no arriesgarse. Para protegerse (no sabía bien de qué), imaginó que veía el presente en retrospectiva desde una ciudad vagamente imaginada de